

1841 - IGNACIO AGRAMONTE - 1941

DEBEMOS CONMEMORAR SOLEMNEMENTE EL PRIMER CENTENARIO DE SU NATALICIO.

Por el Doctor Antonio Prisco Porto.

ERA la víspera de la Nochebuena de 1841. La ciudad de Puerto Príncipe (hoy Camagüey) se preparaba entusiasta a celebrar, el nacimiento del Niño Jesús. Entonces la liturgia católica se cumplía con extremado fervor, especialmente en ciudades patriarcales como aquella, colmadas de iglesias y conventos, por lo que tanto el pueblo humilde como las familias aristocráticas se encontraban atareadísimas en los preparativos de los festejos pascuales. En una casa, la marcada con el número 5 de la Plaza de la Merced se producía un acontecimiento, que no obstante la devoción de la familia prevalecía sobre esas fiestas tradicionales; la señora doña Filomena Loynaz y Caballero, esposa del rico terrateniente don Ignacio Agramonte y Sánchez, daba a luz un varón, fruto primero de una venturosa unión conyugal. Ese niño, poco después, el día de Reyes, ante el altar mayor de vetusto templo, ingresaba en la grey de los cristianos, como consta en la siguiente acta eclesiástica:

"En la ciudad de Santa María de Puerto Príncipe, en seis de enero de mil ochocientos cuarenta y dos: yo, el infrascrito, como Teniente Cura de esta parroquia de N. S. de la Soledad, bauticé solemnemente y puse óleo y crisma nombrando IGNACIO EDUARDO FRANCISCO DE LA MERCED, a un niño que nació el día veintitrés del mes anterior, hijo legítimo del caballero Regidor y Fiel Ejecutor Bachiller Ignacio Agramonte y Sánchez y doña Filomena Loynaz y Caballero..."

Como dice Manuel Sanguily, aquel niño que había de ser en los anales cubanos el Mayor General Ignacio Agramonte, "era de una familia muy distinguida, acaso de las más distinguidas de la provincia, por sus orígenes, ya que provenía de los primeros pobladores, y por su posición social, que era muy desahogada y próspera"

A mediados de este año, 1841, Puerto Príncipe había sufrido una enorme calamidad: el río Jatibonico desbordado como no había ocurrido hasta entonces, inundó y arrasó el barrio de La Caridad, ocasionando grandes daños materiales y no pocas desgracias personales. Esta catástrofe a la que se sumaban ciertas medidas oficiales de carácter económico, determinó la paralización de las transacciones comerciales. Y así consideraron los contemporáneos funesto para su ciudad aquel año, sin que pudieran advertir que la Providencia, como si en sus secretos designios decidiera una compensación de gloria, había de hacer a la vez el don de tres soles patrios: Antonio Luaces, médico muy distinguido y valioso soldado que alcanzó a ser en la epopeya jefe de sanidad y prisionero, al caer fusilado legaba como expresión de su patriotismo esta frase lapidaria: ¡Cuán digno es morir por una causa justa y santa!; Gaspar Agüero Betancourt, que próximo a terminar sus estudios de ingeniería prestó ingentes servicios a Cuba, condenado a garrote vil, al besar la frente de su hermano que lo precedía en el sacrificio exclamó tierno y sereno: ¡Hasta muy pronto hermano mío!; e Ignacio Agramonte, abogado que en sus primeros informes ganó la admiración de la Audiencia, gloriosísimo caudillo, máximo paladín entre los paladines, prototipo de la hidalguía cubana y encarnación de las más altas virtudes, que en momentos críticos de la revolución esculpió esta sentencia de oro, como eterna enseñanza para sus compatriotas, al preguntársele que con qué recursos contaba para triunfar: ¡Con la vergüenza de los cubanos!

La historia se interpreta de muy diversos modos. La más usual por ser la más fácil, es la interpretación heroica. Por ella se hace aparecer que los pueblos se levantan sobre sus grandezas, y que éstas son producto de la voluntad de ciertos hombres



preclaros. Y como eso es necesario para el sostenimiento y comprensión de las nacionalidades, hay que valerse de ardidés psicológicos, para lograr determinadas creencias colectivas, procedimientos que tienen que ser muy simples, para ser absorbidos por todas las mentalidades. De ahí la "deshumanización" de

ciertos hombres, transformándolos de héroes nacionales en superhombres, en seres divinos; presentándolos a través de todas las edades y de generación en generación como entes fantásticos, llenos de virtudes y bondades y limpios de errores y maldades.

Todo esto se hace, desde luego, con vista a la finalidad moral de hacer creer a los pueblos que deban su existencia a esas figuras nacionales, realidades idealizadas, pues de otro modo no estaría el alcance de todos la comprensión de los complejíssimos fenómenos políticos en que juegan su papel los factores sociológicos, etnológicos, psicológicos, educacionales, económicos, etc.

Peró esta interpretación heroica que dió buenos resultados en épocas pretéritas, henchidas de espiritualismo, en nuestro siglo saturado de conceptos económicos, sólo nos lleva a un error y a una calamidad.

El error estriba en que si esos hombres actuaran en otro medio, fracasarían, es más, ni siquiera habrían desollado, por ejemplo, imaginémosnos a Martí contemporáneo de nosotros.

Y la calamidad consiste que los pueblos, al descubrir que han sido engañados, ya que esos héroes que siempre admiraron y santificaron son hombres como nosotros pueden caer en el escepticismo, la peor de las enfermedades de que pueden ser víctimas las colectividades humanas.

Sería mejor presentar a esas figuras nacionales como seres humanos, con sus virtudes y sus errores, para que hecha la comparación con nosotros mismos, se pueda apreciar su justa grandeza.

Con esta fórmula trataré de exponer la egregia figura de Ignacio Agramonte, pero he de advertir que por mucho que el escabelo de la crítica ha hecho la disección de su espíritu, de su vida y de sus acciones, siempre ha encontrado a un cubano eminente que amó mucho a su patria, y que sus pocos errores quedaran desvanecidos en la grandeza de su personalidad.

Asimiló el espíritu de Agramonte, desde los primeros años de su vida, la rectitud de principios en que se inspiraban sus padres, honrados y virtuosos, y esto, unido a la pureza de costumbres de la época, y a la educación esmerada que recibió, formaron su carácter, dulce y fuerte, a la vez, como si se armonizaran la santidad del apóstol y la intrepidez del guerrero.

Realizó sus estudios elementales en varios colegios de su ciudad nativa y como ironía del destino, quien sería paladín y ejemplo vivo del patriotismo cubano, fué entonces discípulo predilecto del distinguido profesor español don Gabriel Román y Cerdeña.

Corría el año 1855 cuando los padres de Agramonte, preocupados por su educación, deciden enviarlo a la Habana, para que ingrese en el famoso colegio "El Salvador", que fundó y dirigía el sabio cubano don José de la Luz y Caballero. Allí templó su alma, henchida de ideales, al contacto del alma paternal y rectilínea de "don Pepe", el cual fué para aquella juventud cubana, de mediados del siglo XIX, atormentada por el ansia de patria, el lucero que le enseñó el camino hacia un estado de conciencia más virtuoso y puro.

Después pasó a la Universidad. Durante su estancia en ella, ávido su espíritu de una más intensa superación, asistía a todos los centros y actos donde se aspirara ambiente de cultura, como a las sesiones que los jueves y los sábados celebrábanse en el Aula Magna, verdaderas lides del pensamiento en que contendían, entre otros estudiantes, él, Antonio Govín, Leopoldo Cancló, Luis Avestarán y Vidal Morales, y a las tertulias literarias del Ateneo y de los Liceos de la Habana y Guanabacoa. Y así llegó a distinguirse como polemista formidable y elocuente orador.

"Una condición han observado sus amigos en la Universidad —dice Carlos Márquez Sterling—: su energía para colocarse a la cabeza de todos. Ejerce sobre ellos una jefatura insensible, que se impone porque todos la aceptan". Y esa aptitud de mando, insensible, innata, en el transcurso de los años, tecnicada, y al impulso de un ideal libertario



lo transforma en el más aguerrido jefe militar con que contara el ejército redentor hasta su caída en Jimaguayú. Su discurso para su graduación de abogado fué su primer martillazo sobre la cadena de la tiranía, cadena por romper la cual tanto luchó el héroe. La tesis de su discurso fué sobre los derechos individuales, derechos imprescriptibles del hombre, tan conculcados en la colonia. Demostró en ella su cultura filosófica. Se inspira en las doctrinas políticas de Rousseau y Montesquieu. Pide para el Estado poderes y para el individuo libertad. Y aunque en el discurso no nombra a Cuba, todas sus páginas se reflejan a ella, aludiendo, sin decirlo a sus dolores de colonia opresa. Cuéntase que el presidente del tribunal universitario dijo que, si previamente lo hubiera conocido, no habría consentido su lectura. Se explica que todo este discurso fué la primera carga al machete de Ignacio Agramonte!

Todavía estudiante, y después de graduarse, practicó en el bufete del doctor Antonio González de Mendoza. Y en algunas ocasiones, actuó de Juez de Paz en la Habana, teniendo la justicia, no obstante la corrupción de la época, en él un recto administrador.

A mediados de 1868 se decide a ejercer en Camagüey. Tal vez por una premonición luminosa sentía lo que bullía en el espíritu de sus conterráneos, pues ya se fraguaba la romántica gesta libertaria, o acaso, sabedor de todo, quería ser partícipe de la conjura y ser de los primeros en el cumplimiento del deber en pro de su patria.

Según cuenta una de sus amigas predilectas, la ilustre poetisa Aurelia Castillo de González, "Agramonte era de alta altura (media seis pies y dos pulgadas), delgado, muy pálido, no con palidez enfermiza, sino más bien con palidez de fuertes energías y aspiraciones reconcentradas; su cabeza era apolínea, sus cabellos castaños, finos y lacios, sus ojos pardos... Después, ya de lleno en la guerra, la vida agitada de la campaña le dió robustez, hermosos colores y finas patillas".

Su espíritu era romántico, caballeroso, valiente, como ya lo prueban en su mocedad varios lances personales en que demostró su pericia en la esgrima de la espada. Nada más lejos sin embargo del tipo del duelista que Agramonte siempre respetuoso, impregnado de

una serenidad dulce, sin que pueda señalarse una tacha en su conducta.

Residió en aquella época, en Puerto Príncipe, un matrimonio del más alto predicamento social: doña Manuela Argilagos y el doctor José Ramón Simoni, médico de fama, que habia cursado sus estudios en Francia. Tenían dos hijas que eran dos tipos de belleza. La menor, Matilde, era casada con Eduardo Agramonte Piña, primo segundo de Ignacio, que murió en la manigua al tratar de prestar sus servicios como médico a un compañero, de armas que habia caído herido. Y la mayor, Amalia, era novia de Agramonte desde el año 1866. El de ellos fué un idilio como pocos. Rara vez habrá dos seres que puedan comprenderse e idolatrarse más. El día 2 de agosto de 1868, en la Parroquia Mayor, unieronse para siempre, Amalia e Ignacio. Y en el disfrute de su luna de miel, en los ardores de la dicha, cuando se abandonaban a sus dulces ilusiones, se rompió aquel encanto, pues Cuba, a sollozos, demanda a su hijo predilecto que le arranque de las garras de la tiranía. Y él, esposo enamorado, renuncia a la felicidad que goza para obedecer la voz de su patria infortunada.

Era un destino previsto. Agramonte habia nacido dedicado a Cuba. Y ya en su niñez contábase interesante anécdota, probablemente incierta, pero aun así, demostrativa de que sus conterráneos presentían en él un adalid futuro de la libertad patria. En 4 de julio de 1851 se alzó en armas Joaquín de Agüero, insigne camagüeyano, seguido de unos cuantos valientes, que dan el grito de independencia en San Francisco de Jucaral. Fracasado el movimiento al intentar Agüero abandonar el



4

país, lo entrega la traición de Norberto Primelles. El y tres compatriotas son condenados a garrote, pero a falta de verdugo, la autoridad que no detiene la ley ordena el fusilamiento. El día 12 de agosto de 1851, en la Sabana de Arroyo Méndez, los cuatro caballeros de la libertad ascienden a mártires. Y decíase que Agramonte de nueve años entonces, escapó a la vigilancia de sus padres para presenciar la ejecución. Llegó al lugar y atravesando entre los curiosos, se acercó al cadáver de Agüero y empapó su pañuelo en la sangre del mártir.

Agramonte se había incorporado a la logia masónica Timima —en

dos ya de que bajo su cetro nunca gozarían del franco ejercicio de sus derechos". Y allí, entre el verde de esperanza de la campiña y el azul puro del cielo, resonó la campana del ingenio para anunciar a sus colonos y esclavos que ya eran libres. Y por vez primera sintió el suelo

cubano, no las pisadas del ejército que la tiranizó durante siglos, sino las legiones de sus hijos que luchaban por verla feliz. Cuba sorprendía al mundo con una revolución, que no consumaba la plebe, sino la aristocracia, el patriciado cubano, selección de cultura y riqueza, que

El 23 de diciembre de este año se cumplirá la primera centuria del nacimiento de uno de los más preclaros hijos de Cuba: Ignacio Agramonte y Loynaz. Debemos conmemorar solemnemente este excepcional suceso, ya que él es el advenimiento de un ser, que en el transcurso del tiempo, siendo modelo insuperable de energía y virtud fué campeón de nuestras libertades y uno de los altos creadores de la patria.

Bien merece el superior caudillo, ya que hasta ahora por todo homenaje sólo se le ha erigido una estatua en su ciudad natal, obra paupérrima ante su inmensa grandeza, que un día, a los cien años de haber nacido, lo consagraron a su memoria. Así el 23 de diciembre de este año deberá ser declarado de fiesta nacional.

Dejo la idea a la consideración del pueblo y del Gobierno de la República.

Cuba las logias y los liceos fueron prolíferas incubadoras de insurgentes— donde numerosos camagüeyanos prominentes conspiraban intensamente contra la Metrópoli. En Camagüey había un grupo de patriotas que habían fusionado sus voluntades, en el crisol de los más puros ideales en una sola voluntad: la de redimir a Cuba. Y para la consumación de tan supremo y heroico propósito estaban en contacto con los revolucionarios de Oriente y de la Habana.

Los preparativos del levantamiento se hallaban muy adelantados en 1868, pero hasta principio del próximo año, 1869, no se intentaría, pues aun no contaban con los elementos necesarios para tan ingente prueba. Cuando el 10 de octubre de 1868 se levanta, en "La Demajagua", Carlos Manuel de Céspedes, en formidable gesto épico contra la dominación de España, "convenci-

en un momento de gloria renunció a todos los tesoros materiales en aras de una patria que soñaba digna y feliz para todos.

La historia anota una coincidencia sugerente: veintidós días antes del gesto ingente de "La Demajagua" estalló en Cádiz una revolución liberal, "la gloriosa revolución de septiembre", como la llamaron sus partidarios, encabezada por el General Juan Prim y el almirante Topete.

¿Estaría Céspedes al tanto del movimiento que en pocos días derrocó a Isabel II? ¿Le habría informado Prim, a quien le unían relaciones amistosas desde sus días de residencia en España, de sus planes políticos? Así Céspedes acaso había escogido el momento para asestar el golpe letal a la Metrópoli. Todo ello toma cierta verosimilitud cuando se observa su magnífico empeño de pre-



cipitar el movimiento libertador. Lo cierto es que las tropas de Céspedes recibieron en Bayamo los gritos de "¡Viva Cuba!", "¡Viva Prim!", "¡Abajo contribuciones!". Puede argüirse que Prim pronto dueño de los destinos de España, no hizo nada ostensible que pueda indicar algún compromiso o acuerdo con Céspedes, desdichadamente a Cuba no la regía el gobernante en España, como la milicia pretoriana, el cuerpo de voluntarios, que esquilma y oprimía al pueblo cubano. No se ha dicho también que los trabucos que en la calle del Turco, derribaron en Madrid al Marqués de Castillejos, fueron cargados en la Habana por el integrista logrero, al fin y al cabo habría de ser en su estupidéz y su pasión el agente fatal e inconsciente del derrumbe del imperio colonial de España.

Agramonte, dotado de mente privilegiada en la que palpitaban las ideas democráticas y liberales, y con el corazón rebosante de amor a Cuba, fué el más entusiasta y activo director de la conspiración en Camagüey. Y cuando el 11 de octubre conoce el levantamiento de los orientales, sintió impetuosos deseos de realizar sus sueños y cabalgar ese mismo día al frente de la juventud camagüeyana. Mas en él se daba la feliz armonía del sentimiento con la inteligencia y si uno lo arrastraba, la otra frenaba sus impulsos, por lo que decidió esperar el retorno del Marqués de Santa Lucía jefe natural de la provincia, quien se encontraba en la Habana, precisamente en contacto con los patriotas de la capital. Pocos días después, regresado el Marqués Camagüey secunda el grito de Céspedes a orillas del río Clavellina como si escogiera el día onomástico del caudillo oriental para vigorizar la revolución por él iniciada. Agramonte no obstante los riesgos que corre para asegurar el éxito del movimiento permanece en la ciudad, y el día 11 de noviembre, se suma a sus compañeros, entre los cuales habrí de sobresalir como su primer caudillo, concuista la gloria y ascender a la inmortalidad de la historia como uno de nuestros más grandes héroes, quizás como la figura más bella del poema redentor. Sólo un hombre, en esa década homérica fué quizás más grande que él. Carlos Manuel de Céspedes, no porque lo superara en méritos, pues ambos en el heroísmo y el martirio.

Agramonte encarnó el ideal democrático de la epopeya, fué caudillo por excelencia, a quien seguían los hombres con fe religiosa. Fué el apóstol cuyo verbo salvó, en Las Minas, la revolución, al pulverizar los sofismas con que el abóstata Napoleón Arango, hacía vacilar la decisión de los insurrectos. Fué él quien con sus condiciones magníficas de organizador, le imprimió actividad y vigor a la guerra, siendo su alma y su cerebro, lo mismo en la junta política que en el campo de batalla. Paladín al frente de la brava caballería, fué líder en el Comité que inicia el movimiento, en la Asamblea del Centro que la representa y en la augusta Asamblea de Guáimaro, donde con Antonio Zambrana, redacta la Carta Magna de la joven república que forjaba el patriotismo cubano.

Agramonte es designado, junto con Salvador Cisneros y Eduardo Agramonte Piña, para formar el Comité Revolucionario Camagüeyano. Este triunvirato actúa a la altura de su patriotismo. Organiza perfectamente los servicios militares y civiles. Dicta cuanto es menester para darle seriedad a la Revolución. Tienen su mayor gesto en noble ceder, cuando Augusto Arango es vilmente asesinado en Puerto Príncipe, al no tomar represalias contra los comisionados del gefenar Dulces.

Cuando se necesita unificar el gobierno de las dos primeras provincias rebeldes, concurre Agramonte, figura destacada del Comité, como enviado de los camagüeyanos, a entrevistarse con Céspedes, pero ambos son representantes de tendencias ideológicas en pugna y no se logra nada. El triunvirato de Camagüey da paso a la pentarquía, porque el pueblo comprende que es mucho el peso para sólo tres



6

0000034

hombres, y entran en el nuevo gobierno Antonio Zambrana y Francisco Sánchez Betancourt. El Comité se ha transformado en la Asamblea de Representantes del Centro. Y el mismo día de su constitución, en Sanicú, el 26 de febrero de 1869, decreta la abolición de la esclavitud.

Ya las Villas están en guerra. Ahora, más que nunca, hay que organizar una República democrática. La Asamblea encarga a Agramonte y a Ignacio Mora para que nuevamente traten con Céspedes. Camagüey, hirviente de ideales, insiste en separar la Iglesia del Estado, en la abolición radical de la esclavitud, en la separación del poder civil del militar, ofreciendo a Céspedes la jefatura de cualquiera de los dos, a voluntad; en la redacción de una constitución política y en la reducción de las altas graduaciones militares que Oriente había prodigado. Pero a esas pretensiones de Agramonte no accede Céspedes, insistiendo en la disolución del Gobierno de Camagüey, cuyos miembros entrarían a formar el Consejo Consultivo del "Capitán General de Cuba Libre".

Pero deberes militares requieren la presencia de Agramonte en Camagüey, y quedase Ignacio Mora actuando. Céspedes, acaso en el gesto mayor de su grandeza, cede a las demandas de Camagüey y depone ante los diputados del pueblo libre de Cuba, la autoridad de la que había investido su gloriosa iniciativa. Los personalismos desaparecen así, ante el amor a Cuba.

El día 10 de abril de 1869, desde muy temprano, el poblado de Guáimaro hallábase repleto de visitantes y desbordábase en un entusiasmo inusitado, ansiosos todos los allí presentes de contemplar la primera asamblea nacional de los revolucionarios en armas de todo el país, de donde habría de surgir la primera Constitución Política de Cuba Libre.

Guáimaro, fué aquel día memorable el gran crisol en que se fusionaron las doctrinas, los ideales y los sentimientos de los delegados de la revolución para traducirse en el texto jurídico que sirva de base del Estado Cubano, constituido en República democrática, trazando así los fundadores el destino permanente de la patria cubana bajo esta forma de gobierno.

En la mañana de aquel día glorioso se inauguró la Asamblea. Presidente: Carlos Manuel de Céspedes, con Ignacio Agramonte y Antonio Zambrana, de secretarios. Y les cupo a estos la gloria de ser los moldeadores románticos de la Constitución de Guáimaro.

"Redactamos impromptu — dijo Antonio Zambrana, en un discurso pronunciado en 1913— Agramonte y yo, de pie ambos, en menos de una hora, la Constitución política".

El proyecto fué aceptado en su totalidad con ligeras modificaciones. Lució Agramonte en la discusión de la ley.

La Constitución de Guáimaro, empero, resultó demasiado liberal para un pueblo que vivía en plena manigua luchando en guerrillas. Olvidaron los constituyentes en su entusiasmo patriótico, que las relaciones internacionales y el control militar de un pueblo forzosamente, en circunstancias anormales como aquellas, tienen que estar dirigidos por un solo hombre. Acaso por eso, los que más firmemente actúan en la guerra y resultan más beneficiados en la política exterior son los gobiernos dictatoriales. Y Cuba necesitaba, en aquellos críticos días, no elocuentes discursos en la Cámara, sino actuación inmediata: unidad en el mando militar y eficiente servicio en el exterior.

Pero no olvidemos que el inspirador de esa Constitución, Ignacio Agramonte, era un joven henchido de idealismo y que tenía una obsesión: la democracia. Agramonte deja de ser representante para aceptar el cargo de Mayor General de la División del Camagüey. El político ha cedido el paso al militar. Y aquí comienza su labor gloriosa como guerrero, su ascensión vertiginosa a la inmortalidad. Sus condiciones naturales empiezan a manifestarse en el soldado improvisado. Es un inspirado de la guerra. Su primera acción como jefe militar es Altarriba, y vence; luego será estratega en el asalto de Puerto Príncipe.

Y así, en sucesión ascendente combate y triunfa. El general Jordán admira en él condiciones excepcionales. No ve en Agramonte al guerrillero, sino al militar que promete. Hasta ahora, todo en él es instintivo; después será el técnico experimentado. Desde un principio adquirió, para estudiarlos, cuantos libros de ciencia militar le fué po-



sible conseguir. Y estudió, estudió profundamente sin descanso, a pesar de las inquietudes de la campaña. Y asimismo aprendió una táctica, la de un insigne militar español que en Europa sobresalió por su técnica: el teniente general Manuel Gutiérrez de la Concha, que mereció el título de Marqués del Duero, cuando venció en Oporto al Conde Antas.

Organizó perfectamente sus tropas. Con el poder de su ejemplo, infundió una severa moral a sus hombres. En su campamento se hacía diariamente el ejercicio militar, instruyendo él personalmente a sus soldados. Su caballería fué famosa. Practicó la división del trabajo con positivos resultados, empleando a los hombres según sus aptitudes. Creó talleres de monturas, zapatos, etc. En fin, logró hacer un ejército. Su dignidad se mantiene siempre incólume. Por desavenencia con el Presidente Céspedes, dimite la Jefatura Militar de Camagüey. La lucha de ideologías nunca cesó entre ellos. Céspedes, con la experiencia que le daban sus cincuenta años, estaba convencido de que lo único que podía impulsar a la revolución era la dictadura; Agramonte, por el contrario, con el entusiasmo de sus veintinueve años, adoraba la democracia, e insistía en la descentralización de los poderes. Céspedes vió siempre en Agramonte al joven iluso que lo había derrotado en Guáimaro. Agramonte veía en Céspedes a un dictador en potencia. Pero ambos convergen felizmente, en el sentimiento común de su amor a Cuba.

Para conocer el valimiento de los hombres hay que establecer la comparación. Agramonte, durante el tiempo que estuvo sin mando, se creció mucho más, pues sus sustitutos, sin capacidad militar, los generales Cabada y Boza, fracasaron. Casi dieron al traste con la revolución en Camagüey.

El año 1870 fué funesto allí para las armas cubanas. La esposa de Agramonte, con sus padres, a principios de la revolución, se trasladó a su finca "La Matilde", para estar cerca del caudillo. Así hicieron casi todas las familias de los revolucionarios. No olvidemos que aquella insurrección del 68 la hicieron los ricos, los verdaderos próceres del pueblo cubano, que, como tenían grandes posesiones campestres, po-

dían residir en ellas. "La aristocracia cubana —dice Manuel Márquez Sterling— sublevada en un espasmo evolutivo, careció del instrumento indispensable al desarrollo de sus planes: el pueblo". Porque, ciertamente, en aquella magna coacción las masas populares no correspondieron ampliamente al proceder de los ricos y los más cultos. El general Thomas Jordán, a su paso por la jefatura general del ejército, como verdadero militar de academia que era, estimaba que de una manera radical debía separarse a los soldados de sus familias. Agramonte opinaba que esto tenía que ir haciéndose paulatinamente, pues los cubanos estaban muy compenetrados con los suyos, y sentimentales, al fin, esa separación podía causar muchas deserciones por la atracción del hogar. Y Agramonte sentía esto; tenía a su Amalia cerca de él, no podía verla a menudo, pero la veía. Pero la feroz persecución de las tropas españolas obligó a aquellas secuelas familias a dispersarse y huir del campo mambí. Así, la familia Simoni tiene que trasladarse de "La Matilde" para un sitio solitario, en el bosque de Nuevitas, y allí construyó un rancho, con tablas, y le dió por nombre "El Idilio". Allí nació el primer hijo de Agramonte; al segundo, del sexo femenino, no pudo conocerle, por la distancia y por su muerte heroica. Pero un día de 1870 las tropas españolas apresaron a la familia en su nuevo refugio.

Vemos que Agramonte, durante todo el tiempo que estuvo sin mando, siguió peleando de modo incansable. Y el 13 de enero de 1871 fué repuesto en su cargo. La revolución estaba declinando, la moral se había perdido, la presión enemiga se sentía cada vez más. Los asesinatos perpetrados por los guerrilleros españoles se sucedían con frecuencia, tal como el de la familia Mola.

Agramonte reorganizó rápidamente su ejército. Su voluntad férrea, su intrepidez, sus aptitudes geniales, su patriotismo acrisolado, hicieron el milagro de levantar la revolución casi moribunda. Ahora, su



0000036

8

primer acto fué el ataque a la torre de Colón, que los españoles resistieron valientemente y después los combates de Lauretania, Jicotea, el Asiento y otros. Pero lo que más retempló la moral cubana fué el fabuloso rescate de Julio Sanguilly. Esta fué la página más gloriosa del poema de Agramonte. En ella probó el héroe toda la grandeza de su valor y de su dignidad. Después consumó la acción del Salado, donde fué herido. Pero siguió conquistando triunfos y más triunfos, con su arrolladora caballería adiestrada en la carga del machete. Sólo un hombre como aquél pudo rehacer lo que casi parecía una epopeya en ruinas. Él, pensando en Cuba, podía realizar cualquier empresa heroica, y no se resignó jamás a que hubiera cubanos que no estuvieran al servicio de su patria, y para él, los que así procedían eran desertores.

Siguen sus triunfos: en Guáimaro, en Buey Sabana, en la Sabana de Lázaro, y así, hasta que se pensó en Agramonte para el cargo de General en Jefe del Ejército Libertador; pero no llegó a serlo, el destino no quiso.

El 11 de mayo de 1873 una jornada que debió ser insignificante, cobraría eternidad en la historia: Jimaguayú.

Agramonte, animoso y sereno revistaba las fuerzas cubanas, viendo el desfile de su caballería al mando de su intrépido lugarteniente Henry Reave, El Inglesito. (1).

Y cae derribado de su corce) Ignacio Agramonte, la más bella manifestación del heroísmo cubano en aquella epopeya.

Su cadáver, capturado por los soldados españoles, fué llevado a Puerto Príncipe y paseado por la población, y en la tarde del día 12, quemado en una hoguera. Sus cenizas se esparcieron en el ambiente de la patria; y saludaron la ascensión de su gran espíritu de redentor, clarinadas de gloria en los infinitos espacios de la inmortalidad. ¡Es desde entonces gloria sin ocaso que esplende perennemente ante la conciencia cubana para iluminarla!

(1) Su verdadero nombre era Henry Earl.

*Mundo
Feb 2/41*



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA